

RELATO A CUATRO MANOS

LAS CIEN AGUILAS

Germán Marín, Planeta,
1997 (385 páginas).

Germán Marín pertenece al club de los escasos narradores que exhiben una identidad delineada y personal dentro del panorama de la novela chilena de los años 90. Y lo ha conseguido gracias a la vehemencia y pasión que proyecta sobre los asuntos de sus relatos y a la forma novedosa que adoptan los discursos con que los comunica al lector.

Después de algunos años de aridez creadora causada por el exilio, comenzó una obra contundente por su extensión y por el ambicioso propósito de su contenido: la trilogía *Historia de una abolición familiar*, que se inició con la novela *Círculo vicioso* en 1994 y que continúa ahora con *Las cien águilas*, imagen tomada del himno de la Escuela Militar.

Las preferencias narrativas de Germán Marín lo aproximan mayormente a la generación de José Donoso que a la de Antonio Skármeta, aunque en algún momento de su último relato afirma abandonar entre bostezos una novela del primero y por insulsa una narración del segundo (aunque en este caso no menciona ni al autor ni al título, se refiere posiblemente a *La insurrección*). Comentarios tan honestos y radicales como éste -se podrían citar bastantes-, revelan otro aspecto que confiere valor adicional a los relatos de Germán Marín: la inclaudicable sinceridad con que expone frente al lector la escala de valores desde donde construye sus mundos imaginarios.

En todo caso, el título de la trilogía es un índice de la comunidad temática de Marín con la generación de Donoso. Se trata de la historia de una familia fracturada interiormente por ciertos episodios liminares que van estableciendo un ritmo de alteraciones sucesivas -por ejemplo, el asesinato de un mapuche en *Círculo vicioso* y la matanza de los perros en *Las cien águilas*-, fustigada por las contradicciones entre el deseo individual y los deberes y convenciones dominantes, y por los acontecimientos históricos que



rodean a la stirpe.

Sus novelas, eso sí, no se ofrecen como lectura fácil. Excepto las dos narraciones breves incluidas en *El Palacio de la risa* (1995), que comentamos en esta página unos meses atrás, Germán Marín ha diseñado un individual discurso narrativo donde el narrador se desprende de su tradicional dominio sobre el lenguaje para convertirse en una voz itinerante que se niega a sí misma como conciencia narradora, con lo cual acepta la contradicción, la duda, e incluso el silenciamiento, como actitudes inevitables del acto de narrar.

La eliminación de la distancia entre lo contado y la narración le permite identificar el recuerdo vivido con la palabra que lo reproduce y transformar al narrador en un "escriviviente", término de lejana resonancia unamuniana que Germán Marín ha recuperado con mérito notable. Sobre esta voz narrativa existe la de Venzano Torres, su alter ego, quien asume la responsabilidad de preparar el manuscrito a veces indeciso del "escriviviente" y agregar un repertorio de notas con informaciones necesarias para completar los vacíos que la figura imaginaria del narrador, testigo y personaje "Germán Marín" ha dejado en su discurso.

La historia de *Las cien águilas* tiene lugar en la época que rodea a los años 50. Desde la árida situación de exiliado en Barcelona, el "escriviviente" Germán Marín recuerda a la vez sus experiencias de juventud y sus dificultades e inseguridades para relatar, mientras Venzano Torres se esfuerza para poner orden en este *racconto*. El amplio panorama que Marín despliega conduce desde Gabriel González Videla bailando rumba en la legación chilena en París, hasta el ombligo de la Tongolele enloqueciendo con sus mambos a los clientes del desaparecido Goyescas santiaguino. Pero no lo hace de una manera directa. Su discurso está mediatizado por una interminable cantidad de referencias culturales que amenaza con agotar la paciencia del lector. Es el único pero de esta interesante novela.

JOSÉ PROMIS